

# El cielo se entristeció

Alejandra Xanic



"Me dijeron que podíamos quedarnos, que era seguro", exclamó. Más polvo y desesperación en los pulmones que aire para lanzar sus desgarrados gritos a la cara atónita de Cosío Vidaurri. Se contuvo. Temblaba: la cara, las manos, sus manos con tierra, las mejillas, los ojos, su mirada, temblaban. No pudo más. Un temblor más fuerte que los anteriores lo lanzó al frente, cerca, muy cerca de Cosío. Lo tomó por la guayabera con amenazante súplica. "Ahora están todos abajo, volví del trabajo y están todas mis hijas debajo".

Lo retiraron. Se hizo a un lado. Volvió su coraje a la cara de los que lo veían. Volvió a la tierra. A buscarlas.

"¡Aquí hay uno!" Prestas, las manos. Uno, dos, tres, al aire, cuatro, cinco, cadenas interminables que apilaban los restos de casas en el canal. Seis, siete, ocho, "¡por aquí quedó!"

Beatriz estaba pálida. Sentada sobre un pedazo de banqueta. Los ojos inyectados. "Ya están muertos", dijo. Pasó una nota a Radiocentro. Los había entrevistado: se quejaron de los olores en los resumideros de la casa. Se retiró para llamar a la estación y pasar en vivo las voces de los que encontró luego sepultados.

"Dau, dónde está Dau. Llámenle que se venga. Dónde está Aristeo..." gritaba a los cuatro vientos el gobernador. En 20 de Noviembre. Diez y media am. De blanco, limpio, impactado. Las manos del hombre no le marcaron la vestimenta. Ya se habían retirado de vuelta a los escombros.

La urgencia y voluntad recorrieron el cauce, y en los costados dominó el pánico. "Que va a explotar de vuelta" gritó un conductor en González Gallo. Arrancón y reversa para subir al camellón. "Apúrenle, que va a explotar de vuelta", gritaba. Sonaban ambulancias, sirenas. Se apresuró por el camellón y quedó atorado.

María del Refugio metió la tarjeta en uno, dos, tres teléfonos. Ninguno funcionaba. Corrió a la tienda, a la refaccionaria de junto, al teléfono de monedas, y nada. Había mandado a Lisa por unas telas a una casa en Gante. No encontró teléfono.

Corrió. No había paso. No la dejaron pasar porque iba a explotar.

Un señor sobre una banqueta de Aldama limpiaba cadenas, colgijes, un anillo de graduación ensangrentados. "Alguien lo tiene que hacer", dijo, sin que nadie lo atendiera. Los cuerpos pasaron sobre él. Los apilaron en camionetas. El camión de la Alianza iba lleno, dijeron. Hay un taxi debajo, urgían otros. Dos autobuses y más coches. "Yo nada más andaba por aquí, pero ni modo de no ayudar", dijo uno que descendía al abismo, la playera manchada de rojo las manos. Ya había sacado a cuatro.

Las piernas sueltas colgaban de la caseta de las *pick up*. Algún cuerpo alzó el brazo, la mano limpió su cara. La velocidad tomó el mando. Se los llevaban las sirenas.

María estaba vendiendo jericallas cuando explotó. Si no hubiera sido porque la señora de la tienda se agachó a recoger la morralla del suelo, no estaría viva. Se acercó a la puerta y se salvó.

Juan llevaba carne para cocido y por eso iba temprano. A la vuelta de Gante, tronó. La bicicleta y él volaron. Su salón de sexto de primaria cayó sobre él y lo sepultó.

Pocos abandonaron su casa la noche anterior. Desconfiaron del vapor blanco que emanaba de las alcantarillas, del olor en los resumideros, de tanta gente rara que recorrió con aparatos las calles durante todo el día y que como en rezos se decían al oído o en voz muy baja, que había "explosividad". Qué importaba cuánta, pero al cabo "explosividad", y se fueron.

Salió un niño en la 20 de Noviembre como a las once. Desnudo. Muerto. Lo cargaron. Le colgaban los brazos, las piernas, la mirada. Lo encontraron cerca de donde estaban los funcionarios. ¿De quién es?, preguntó quien lo llevaba en manos. "Es un niño, es un niño, es un niño..." repitieron. "Es un

\* Premio Nacional de Periodismo 1992. Reportera del diario *Siglo 21* y estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación del ITESO.

## ♦ A RENGLON SEGUIDO

niño" quedó suspendido como eco entre voces. Luego de ellas asentó el silencio. Bajó quedito.

Las doce am y las sirenas seguían en el aire como todo el día. En Palacio de Gobierno, las tapas de las alcantarillas del patio central estaban destapadas. Las puertas de arriba, cerradas. Los funcionarios, cerrados.

En junta. Están en junta.

Algunos reporteros llegaron de la calle, blancos de miedo y de polvo. Otros prefirieron escenarios Canal Seis y a la radio para escribir sus notas. "¡Explotó!" encabezarían; cientos de muertos, destrucción. Dejaron las máquinas y se fueron a casa. Las retomaron la furia aprehensiva y el despecho de los callejeros.

Están en junta. Siguen en junta.

El Palacio de Gobierno estaba gris. El cielo se había entristecido. Adentro del salón estaban desplegados los planos. Ya figuraba un primer trazo de la zona de desastre que creció conforme trajeron de la calle la información de otros puntos afectados.

Siguen en junta. Habrá rueda de prensa. Cosío Vidaurri al frente para oficializar la tragedia para la que ya miles tenían testimonio e historia.

Todos estuvieron "ahí cerquita", "iba pasando", "si no fuera porque..." y a punto.

Hace más de tres meses...

Jaime, América, Erick, Wendy, Nancy quedaron solos. Jaime y María Concepción murieron. Luis Cruz Franco sigue en cama. Le dicen "superman" porque resistió la fractura de su cuerpo entero por el impacto del trailer que le cayó encima. Dicen que tiene todo roto, y que la voluntad de resistirlo se le quebró hace unos días: informan que intentó quitarse la vida.

Dos mutilados y diez inválidos son los primeros en sumarse a la lista para la indemnización. Son 80 hospitalizados. Fueron mil 300.

Alfonso Loe Eng Delgado dejó la cama hace unos días. Se puso en fila, su peso sobre la muleta para aliviar la tensión del fémur roto. Le espera un año y tres niñas para recuperarse. "Fírmele aquí, aquí y aquí", le exhortó el valuador en el módulo de VIDA, de El Colegio de Jalisco. Un millón de pesos, cinco más detrás de él. Fírmele aquí y firmó. Recibió copia del finiquito por el pago de indemnización de las lesiones. Un millón. Pensó que serían mensuales. La cola, fírmele, los de atrás, fírmele, finiquito, fírmele, ya no más, fírmele.

Cuatro marchas y tres muertos. Se nos fueron por puro cansancio y tensión, dicen. ♦

